

# CINE

## RESEÑAS MINIMAS

Cine Club de Ciencias

*Todos estamos en libertad condicionada*

dirigida por Damiano Damiani.

En este magnífico film político que no es desdeñable dentro de un género que han explotado tanto —y en general satisfactoriamente— los cineastas italianos, sobre todo a partir de la década de los sesentas (citemos por ejemplo *Giuliano*, *El Conformista* o *Sacco y Vanzetti*) Damiani hace una cruda y amarga denuncia de las cárceles italianas, denuncia, que, por otra parte, ha sido disminuida gracias a la virtud de nuestros censores. Este film trata de un arquitecto, Vanzi, que va a la cárcel acusado de un homicidio que no cometió. El título va tomando forma durante el desarrollo de la historia: nuestra libertad está condicionada al capricho de las autoridades, que a cualquier hora y en cualquier parte, pueden culparnos de un delito que hemos, pudimos haber o simplemente no hemos cometido.

En la cárcel, Vanzi se ve rápidamente envuelto en un mundo de intrigas, corrupción, infamias, asesinatos, en el que todos —salvo dos— entran en el “juego”: una autoridad carcelaria que fue honesta durante años puede al último culpar a los otros de equivocados, mientras ha cambiado de traje y de automóvil; un preso privilegiado es capaz de manejar “bajo el agua” hasta a las mismas autoridades del penal; un director que sabe guardar las apariencias, sólo para conservar el puesto. Los únicos que escapan al “juego”, Ventura y Pesenti, dos presos políticos que son juzgados por delitos comunes, acaban, el primero, en el manicomio, y el segundo, asesinado por otros que hacen ver la acción como suicidio.

Vanzi se ve envuelto rápidamente en ese torbellino, del que —y no obstante sus primeros forcejeos— no puede escapar. Pronto tiene que buscar el cambio de celda; aceptar la traición (Vanzi denuncia a Pesenti al salir del calabozo y conocer la otra vida en la cárcel, “la insoportable”); optar por el silencio y la ignorancia (Vanzi ve aterrado el asesinato de Pesenti en su propia celda y después, ante el juez y a una hija de aquél, les dice que lo suyo fue suicidio); y por último, al recobrar su antiguo “status” económico y social, inventar cosas que no hizo y guardar miserias que cometió, mientras se prepara, con amigos y familia, a hacer un viaje en un crucero.

*Juego de masacre*, dirigida por Alain Jessua.

En este film, conformista y olvidable, el autor de *Le monde à l'envers*, nos narra la historia de un escritor de novelas y *comics*, cuyos argumentos hacen soñar y *vivirlos* a un tal Bob Neumann, niño “mimado” que adulto es ya un tipo desconectado y cerca de la imbecilidad, al que una madre millonaria le paga todas las torpezas, daños y deseos que cause o tenga, entre ellos el de tener al admirado escritor en casa, a sueldo y con todas las comodidades. Hay, sospecho, demasiado título para tan ignorable film.

Pierre L'Esplanaye, el escritor, que fue invitado junto con su mujer, Jaqueline, por Bob

a pasar unas vacaciones en su casa de Suiza, debe prolongar la estancia a causa de la “compra” de su talento, estancia que al parecer se siguió y se seguirá prolongando. . . La mujer de Pierre se ve envuelta pronto por las fantasías y locuras del *Asesino de Neuchatel* (que es el título del *comic* que escribe Pierre para que Bob viva las hazañas imposibles) al grado que acusa a Pierre de “viejo”, por que ya se ha adaptado a la molicie de la satisfacción y la comodidad. Pierre cumple decorosamente su papel, y para justificarse, piensa finalmente —mientras ve sentados en el jardín a Jaqueline, a Bob y a la “voluptuosa” millonaria— que está bien así, que nada le cuesta hacerlos soñar a ellos (a tantos lectores), ya que ellos pueden vivir en un mundo de ilusiones, mientras él ama y aprovecha la vida. Esto, sospecho, demuestra una vez más que las palabras se pueden manejar según quien sea el consumidor: el autor dice *soñar* por *envenenar*, y *amar la vida* por el apoltronamiento del sol y el lago, el buen comer y el buen beber, y quedarse en esa situación sin ambiciones, lo más que se pueda.

